



Héctor Tajonar

Sindicalismo, simulación y gobierno

Felicidades a MILENIO
Televisión por su exitoso
primer aniversario

La noticia publicada el lunes pasado en MILENIO sobre el negocito lateral del líder del SME es un claro ejemplo de la forma en que opera la corrupción en las altas esferas del sindicalismo en México. Encubierto tras el discurso de la autonomía sindical, la defensa de los derechos de los trabajadores y, por supuesto, de la soberanía nacional, el señor Martín Esparza representaba a la empresa estadounidense Startech Environmental Corporation, con sede en Connecticut, para vender un servicio alternativo de electricidad a estados y municipios, como lo denunció Carlos Marín en su columna.

Ante la vergonzosa evidencia que consta en un video en el cual el líder sindical funge como promotor de ventas de la compañía trasnacional, no queda sino la desfachatez de erigirse en víctima de una campaña mediática en su contra, ignorando un principio lógico elemental: "ante hechos no hay argumentos". Pero algo puede calmar su angustia: no está solo, existen muchos magnates del proletariado, como él, aún impunes. Su modus operandi es común a todo el corporativismo sindical, creado por un sistema político pre-democrático que en ese terreno no ha variado con el ascenso del PAN al

poder. Lamentablemente.

La pregunta de muchos mexicanos es si la decisión presidencial de liquidar Luz y Fuerza del Centro, con la consecuente desaparición del SME, tuvo el propósito de iniciar el saneamiento de la estructura sindical corporativa —prevalciente en el país desde la firma del pacto entre Venustiano Carranza y la Casa del Obrero

Los riesgos de acabar con la corrupción en los sindicatos petrolero y de maestros podrían ser muy elevados en términos de estabilidad social, pero el costo de no hacerlo supone hipotecar el futuro del país

Mundial, en 1915, y consolidada a partir de 1936 con la creación de la CTM —, que ha propiciado el crecimiento desmedido del poder y la riqueza de supuestos representantes de los trabajadores a cambio de fidelidad

política y estabilidad social.

Me temo que la respuesta es negativa. En mi colaboración de la semana pasada dije que la extinción de LFC podría marcar un hito en la relaciones entre el Estado y el sindicalismo corrupto. Fue la expresión de un buen deseo, no una predicción. Si bien la posibilidad existe, además de ser necesaria para la modernización y el avance democrático del país, no es previsible que ocurra en lo que resta de este sexenio. Menos aún en el próximo, si gana el PRI.

Es improbable que desaparezca la actitud permisiva y cómplice sostenida por los gobiernos del PRI y del PAN frente a los dirigentes de las organizaciones obreras ligadas al Estado: Congreso del Trabajo, CTM, CROM, CROC. Entre esos engendros del *charrismo* destacan los dos sindicatos de industria más importantes del país, nada menos que el Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana (SUTERM), el cual recuperará la total hegemonía del sector ante la desaparición del SME y la absorción de las funciones del LFC a la Comisión Federal de Electricidad; además del Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana (STPRM), tan poderoso, corrupto e intocable como el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), con cuya líder vitalicia el gobierno federal ha establecido vínculos políticos, al pa-



Fecha 21.10.2009	Sección Opinión	Página 17
---------------------	--------------------	--------------

recer insolubles, que mantienen a México entre los países con más bajo desempeño educativo del mundo (junto con Camerún, Pakistán, Kenia, Congo y Sudán), de acuerdo con datos de la UNESCO dados a conocer por José Luis Reyna hace dos días en estas páginas.

Algunos piensan que sería pedirle demasiado al actual gobierno. Difiero. Si bien los riesgos de acabar con la corrupción en los sindicatos petrolero y de maestros podrían ser muy elevados en términos de estabilidad social, el costo de no hacerlo supone hipotecar el futuro del país: condenar a millones de niños y jóvenes a una educación mediocre, además de prolongar la baja productividad de la industria más importante de México. Vaya dilema.

Tal vez seis años sí hubieran sido suficientes para resolver el inmenso reto de cambiar el país, como lo prometió el Presidente al inicio de la segunda mitad de su mandato; acaso las circunstancias no fueron las propicias (¿cuándo lo son, cuándo lo serán?). A los gobiernos y a los gobernantes se los juzga por sus resultados, no por declaraciones o buenas intenciones. De éstas ya hemos oído muchas.

Al parecer, la voluntad presidencial de ejercer el poder que con tanta dificultad obtuvo en las urnas no ha menguado. Falta por ver si de aquí en adelante lo ejercerá con visión de Estado o si en sus decisiones prevalecerán la inmediatez y la búsqueda de una popularidad siempre efímera, en tanto no esté sustentada en gobernanza (buen gobierno). ■■

hectortajonar@yahoo.com.mx